



SOCIOLOGIA

Sección española.

¿QUIÉN VIGILA A LOS VIGILANTES?

El gran argumento, el formidab'e, con que suele defenderse la organización social autoritaria es el siguiente, vulgarísimo, al alcance de cualquiera, el mismo, después de todo, que llevó á los partidarios del pacto social (que á fines del siglo anterior y comienzos del presente lo eran casi todos los escritores de lo que hoy llamamos materias sociales y políticas, como también lo habían sido, en el fondo, muchos de los siglos XVI y XVII) á formular su teoría: «Sin la autoridad se haría enteramente imposible la vida social; los hombres, lejos de respetarse y auxiliarse mutuamente, se destrozarían los unos á los otros como lobos, según ya dijo Hobbes (1); no habría ningún bien seguro, ni la vida, ni la libertad, ni la propiedad, ni el honor. La agrupación de los hombres no sería sociedad, sería un caos.»

Claro que semejante razonamiento no es muy aceptable, y no lo es ni siquiera por parte de aquellos mismos que de él se sirven, los cuales lo emplean *ad extra*, podríamos decir, ó lo que es igual, con respecto á otros, mas no con respecto á ellos. ¿No les vemos brincar de cólera y protestar contra las «abusivas ingerencias del poder público» cuando éste, en uso del derecho que ellos mismos, sus defensores, le han concedido y reconocido previamente, legisla sobre alguna materia en sentido que á ellos no les peta, verbi gracia, lesionando sus «legítimos» intereses? ¿No dicen entonces que el gobierno de los asuntos concernientes á aquel orden no le corresponde á nadie más que á ellos, que pueden hacer lo que bien les venga, sin temor de que

(1) El cual, supongo yo que lo que quiso decir, aunque no lo dijo, ó lo que debió decir, es que en el estado presocial los hombres se comportaban entre sí, no como lobos, sino como éstos se comportarían con los corderos en caso de que todos ellos vivieran juntos; pues todo el mundo sabe que «los lobos no se muerden unos á otros», como en general no se hacen daño ni se acometen recíprocamente los individuos de una misma especie (salvo el hombre, el «rey de la creación», hecho «á imagen y semejanza de Dios»; el hombre, que, por esto y por otras cosas, resulta el más cruel de todos los seres; ninguno de éstos hace uso, en efecto, de los martirios y de los refinamientos de tortura que con sus semejantes se ha complacido y sigue complaciéndose en emplear el hombre, hasta añadiendo, para mayor escarnio, que lo hace [en nombre de la justicia y para dar á ésta satisfacción]). Cabalmente por eso es por lo que las gentes, empleando un simil muy gráfico, para expresar las confabulaciones y sindicatos de los fuertes y poderosos contra los débiles, contra los corderos, sobre quienes ejercen sus opresiones y entuertos de toda clase, suelen decir de ellos que «son lobos de la misma camada».

hayan de usar de un modo inconveniente ó ilícito de sus facultades discrecionales? ¿Y no se ponen furiosos si alguien les dice que el Código penal y las demás leyes represivas han sido publicadas para ellos igual que para todos, porque á falta de tales leyes, ellos y todo el mundo harían buena la sentencia de Hobbes: «el hombre no es más que un lobo para el hombre», y se convertirían en asesinos, ladrones, estupradores, falsarios, etc.? ¿No dicen en tal caso lo que no está en su pensamiento cuando hablan de la necesidad en general de las leyes y de las autoridades, esto es, que las mismas «no han sido puestas para el justo, sino para los injustos y para los desobedientes, para los impíos y pecadores, para los malos y profanos, para los parricidas y matricidas, para los fornicadores, para los sodomitas, para los ladrones de hombres, para los mentirosos y perjuros», según lo dice el mismo San Pablo (Ep. á Timoteo, I, 9 y 10), y con él muchos otros escritores, españoles entre ellos (como Cerdán de Tallada, por ejemplo, siglo XVI); y que ellos no son ninguna de estas cosas, sino que, antes bien, su espíritu pertenece al de aquellos escogidos que, como San Francisco Javier, no quieren á Dios únicamente porque éste les haya «prometido el cielo», ni dejan de ofenderlo por miedo al «infierno tan temido»? No es preciso decir que el número de estos protestantes, de estos que á sí mismos se tienen por «espíritus selectos», es grandísimo, mientras es insignificante comparativamente el de los injustos, pecadores, parricidas, etc., del apóstol; ni hay que añadir tampoco que aun estos injustos, aun los más malos de los hombres, practican la casi totalidad de sus actos (paseos, compras, saludos, pagos, préstamos al vecino, viajes, etc., etc.) de su propia espontánea voluntad, sin que les fuerce nadie á realizarlos, sin que haya ley que se los imponga, como se abstienen voluntariamente también de ejecutar otros que resultarían nocivos para sus prójimos. ¡Infeliz del gobernante si su tarea fuese la de dirigir á seres inertes que, como las piedras, no se moviesen sino á la fuerza y á empujones!

Pero prescindamos ahora de este género de observaciones y demos por supuestas la verdad y la exactitud del referido razonamiento. Los que de él se sirven para defender la necesidad de la autoridad y de la ley no podrán menos de hallarse con el siguiente tropiezo: Y á ellos ¿quién los vigila? Es decir, ¿quién empuja á la autoridad para que obre, y quién tiene levantado el látigo sobre ella para que no se desmande y se convierta en un lobo para sus semejantes? De no considerarla impecable (como tuvieron que hacerlo, agobiados por la pesadumbre del problema, Hobbes y Demaistre, por ejemplo), ó estimar que sus órganos eran de naturaleza distinta que la de los hombres, superior á la de éstos (como sucedía cuando los reyes ó caudillos eran considerados de estirpe divina ó semidivina, semidioses ó héroes), forzoso era buscar el modo de poner trabas y frenos á las autoridades y de pedirles responsabilidad, caso de que cometieran abusos.

La obra toda del constitucionalismo se ha encaminado á este fin. Todo el afán de los constitucionalistas ha consistido en crear un «Estado jurídico» (un *Rechtsstaat*, dicen los alemanes), que mejor sería llamar *Estado legalizado* (*Gesetzstaat*); es decir, un Estado en que no exista acto ninguno que no se halle previamente regulado por la ley, un Estado todos cuyos órganos tengan perfectamente trazada su esfera de acción por la Constitución y las leyes, de tal suerte, que ninguno de ellos, desde el más alto al más bajo, desde el rey al último funcionario, estén imposibilitados de hacer mal. En Inglaterra, el país clásico del sistema constitucional, el que han tomado y toman por modelo en este orden todos los otros que pretenden ser libres, se dice que el rey no puede hacer mal á nadie (*the king can do no wrong*), no porque sea impeca-

ble como decía Hobbes, sino porque la ley le tiene atados los brazos de tal manera, que le es imposible moverse, ó moverse de otra manera que por máquina. «El rey reina y no gobierna», hemos dicho con B. Constant en el continente, traduciendo á otros términos el sentido de la frase inglesa. Y esta imposibilidad de dañar que se quiere acompañe al rey, se ha querido que acompañe igualmente á todos los funcionarios del Estado, á los que se ha pretendido por eso convertir en autómatas que puedan moverse para el bien, no para el mal. De aquí todo el conjunto de garantías legales, de equilibrios y contrapesos que forman el tinglado constitucional en los «países libres». Tinglado con el que continúan, á veces bajo la misma forma, á veces con otra algo distinta, los mismos males y las mismas arbitrariedades y opresiones que antes de que hubiera constitucionalismo, con la diferencia de que entonces no pasaba lo que ahora, pues entonces esa opresión y esa arbitrariedad no se realizaban, como al presente sucede, «al amparo de la Constitución y de las leyes», ó lo que es igual, á mansalva y sobre seguro, pues ya se sabe que «el que hizo la ley hizo la trampa», y que la ley no es más que un instrumento del que los que lo manejan hacen lo que quieren sin responsabilidad.

Precisamente por esto ha sido criticado y combatido el constitucionalismo, con no poca fortuna, por sus adversarios, principalmente por los que, desengañados de él, preconizan la vuelta al antiguo régimen. Los cuales aseguran, no sin razón, que con tanta Constitución y tanto legislar, nada de lo que esperábamos hemos conseguido, porque no hemos aumentado nuestras libertades ni nuestros derechos, ó los hemos aumentado sólo aparentemente y en perjuicio. Pero estos tales no proponen como remedio la supresión de las leyes, de los mandatos y de la obligación coactiva para todos, sino sólo para los de arriba, para los que mandan y gobiernan. A su juicio, el régimen autoritario es imprescindible para la generalidad de los ciudadanos, los cuales no son capaces de cumplir sus obligaciones sino á la fuerza, y gracias al acicate del miedo; es más: los defensores de este punto de vista suelen ser los más ferozmente autoritarios; en cambio, con respecto á los vigilantes, á los gobernantes, á los que mandan, creen que no ha de exigírseles sino garantías morales, debiendo tener los sometidos á ellos confianza en su rectitud interna, en su buena voluntad y propensión al bien, en su amor á sus súbditos, aun cuando se trate de individuos depravados, de soberbia insoportable (á que tan dados son los que por azar se encuentran en las alturas, ó aquellos á quienes la suerte les ha favorecido para escalarlas), ineducados en el sufrimiento y la contrariedad, dados á exigir obediencia ciega, y desconocedores de lo que es la vida de los de abajo, de los humildes.

Ahora bien; yo no voy ahora á discutir este punto de vista; me voy á contentar con hacer la siguiente pregunta: esa confianza que se tiene y se debe tener en que los de arriba no han de hacer mal uso de las facultades discrecionales que les corresponden, y que es la garantía única de su obrar, ¿no cabe tenerla con respecto á todo el mundo? ¿Por qué no, en caso de que la pregunta anterior se resuelva negativamente? ¿No somos todos hijos del mismo padre Adán, hermanos en él y en Jesucristo, dotados de la misma naturaleza? ¿O es que todo esto no son más que palabras, y nos siguen dominando las concepciones antiguas, anticristianas, que dividían á los hombres por naturaleza en castas, ó que veían una dualidad irreducible, con Aristóteles, entre señores y esclavos, autoridades y súbditos, hechos unos para mandar y para mandar nada más y siempre, y otros para obedecer nada más y siempre? Y de no ser esto así, pregunto de nuevo: ¿cómo nos las arreglaremos para vigilar á los vigilan-

tes y encauzar forzosamente su actividad por el buen camino cuando ellos no la dirijan por él *de su bueno á bueno?*

P. DORADO.

MENS SANA IN CORPORE SANO

Sólo poseyendo un cuerpo robusto y perfectamente desarrollado, estará el hombre en condiciones adecuadas de poder desenvolver normal y racionalmente las portentosas propiedades de su intelecto.

La potencia intelectual de los pueblos corre generalmente parejas con el grado de robustez y salud á que alcanzan las grandes masas sociales de que se constituyen.

Un pueblo cuyas masas sociales sean la resultante horripilosa de un estado social miserable y tiranizado, sumido en los negros enmagrecimientos de la degeneración física, jamás logrará elevarse á las luminosas exaltaciones de la sana ética y el saber emancipador. Vivirá la vida triste é insensible de la degeneración moral y física.

Sin explosiones de enervador entusiasmo, sin destellos de luz vivificante, sin ráfagas creadoras de idealismo pasionario y puro, las naciones decadentes, los pueblos hambrientos, sin virilidad y energías, faltos de calor y de potencias salvadoras, mueren en las angustias inexplicables de su propia inferioridad. Y como para promover con fruto saludable el engrandecimiento de las sociedades humanas es preciso, ante todo, procurar la perfección del hombre, elemento sublime de toda constitución social, si deseamos que la humanidad se regenere y eleve, si anhelamos con verdad la purificación del *todo*, lógico y racional será que empecemos por el engrandecimiento y perfección de la *parte elementaria* del hombre.

Es preciso promover la selección del hombre, comenzando por su regeneración física.

Mejorando al hombre físicamente, procuraremos su engrandecimiento moral, ya que *nuestra parte física* influye poderosamente en las manifestaciones de *nuestra parte moral*, promoviendo y determinando todas las augustas funciones de la intelectualidad, pues digan lo que quieran los espiritualistas y los psicólogos, toda función mental es *función material*, *gasto de materia supraorgánica*, y hasta las mismas imperceptibles *voliciones* y *voliciones del pensamiento interno*, que no se exteriorizan, no otra cosa son que *secreciones cerebrales*, trabajos de la misteriosa labor de *desasimilación material* realizada por nuestro cerebro.

Así, pues, si la vida en todos los grandiosos portentos de sus maravillosas y benéficas manifestaciones, muéstranos su *esencialidad material*; si sólo es *materia* y de *materia* más ó menos seleccionada y pura se alimenta, está claro y terminante que cuanto mayor sea el cuidado que se ponga en la conservación, salud, desarrollo y robustez de nuestra parte física, tanto mayor resultará también el esplendor, lucidez, armonía y prepotencia con que se produzcan y determinen las admirables funciones de nuestra parte intelectual.

Mens sana in corpore sano ha dicho el prudente Juvenal. Y es preciso que procuremos á todo trance la salud del cuerpo, para que disfrutemos de una inteligencia preclara, de una inteligencia robusta, prepotente, que irradie fulgentísimos destellos de sabiduría lógica y razonada y que no caiga en las degradaciones morbosas del histe-

rismo místico, ni en las incongruencias absurdas del autoritarismo dominador y brutal.

A tan loable fin tiende el socialismo contemporáneo, preconizando la necesidad imperiosa que existe de modificar al hombre físicamente si se desea su pronta regeneración moral.

Procúrese al pueblo obrero una alimentación sana y abundante, rica en sustancias asimilables y agradable por la variedad y exquisita condimentación de sus manjares; proporciónese á todos los hombres cuantos medios de vida necesiten para pasar una existencia feliz y holgada; venga, venga la gran reforma higiénica y alimenticia que modifique al hombre físicamente, y entonces se verá cómo se produce inmediatamente su regeneración moral.

La mala alimentación, el estado de bestial suciedad y la continua zozobra en que viven los proletarios luchando constantemente con las *negras inseguridades del imponente mañana*, tiénelos sumidos en el más monstruoso de los embrutecimientos, y todos los sermones lacrimosos de los sacerdotes y todas las severas máximas de los preceptistas resultarán impotentes para elevar el nivel moral é intelectual de los desheredados, mientras no se resuelva en justicia la denominada «Pavorosa cuestión social».

El actual estado de cosas en la gran esterilidad de sus preceptos jurídicos opresores y despojadores, no es apto para producir cuerpos robustos ni cerebros sanos. Todo lo tiene perturbado, todo lleno de tristezas acerbadas, de desconuelos dolorosísimos, de llantos, de desnudez, luto, orfandad, destilando lágrimas y brotando sangre. La alegría ha huído del mundo, y donde no hay alegría no puede haber salud, ni moral ni físicamente hablando. Cuando la alegría y la tranquilidad de espíritu presidan los destinos del hombre emancipado, entonces, como las funciones orgánicas del sér se producirán con regularidad armónica, será un hecho la purificación moral y física de nuestra especie.

Hoy día, en el gran desbarajuste en que vivimos, todo son miserias espantosas y enfermedades que nos degradan. La epilepsia, la apoplejía, la gota, la pérdida de la razón, la anemia, y sobre todo las repugnantes enfermedades venéreas, baldón de nuestra raza, son la consecuencia fatal é ineludible del estado morbooso en cuyas infecciones cacéreas nos desenvolvemos raquíticos y enclenques. ¡Hasta en el aire que respiramos parece estar insuflado el hálito ponzoñoso de la injusticia tiránica y explotadora que todo lo corrompe y esteriliza!...

Procuremos, pues, trabajar con fervores de apóstol por el pronto advenimiento del socialismo, para que se produzca el saneamiento de la sociedad, purificándonos física y moralmente en los límpidos jordanes del derecho igualitario y redentor; y, cuando el hombre se halle completa y felizmente emancipado, cuando pueda proclamar su soberanía y ser dueño absoluto y consciente de sus destinos, cuando no haya en la tierra desheredados embrutecidos ni despojadores estériles; cuando, en una palabra, luzca rutilante y espléndido como abrigado oriflama del progreso en los despejados horizontes del orden y del bien social, el principio triunfante y universalmente respetado de IGUALDAD, LIBERTAD y FRATERNIDAD, entonces será posible asegurar en el mundo á la casi totalidad de los seres humanos la posesión de un *cerebro sano* dirigiendo las armoniosas funciones de un cuerpo robusto, apuesto y gentil. Antes, no.

DONATO LUBEN.

Sección del Exterior

NUEVA TEORÍA SOBRE EL GENIO

I

Los orígenes de la humanidad están cercados de densa neblina, que, afortunadamente, la ciencia empieza a disipar. Ya no es necesario admitir que los hombres primitivos únicamente vivían en parejas ó grupos, en los cuáles había un varón con muchas mujeres, por analogía con los mamíferos superiores, como suponen algunos sabios, sino que también puede ser, como otros piensan, vivieran desde su origen en cuadrillas más ó menos numerosas. Según toda probabilidad, pues, ambos tipos de vida existieron el uno al lado del otro, siguiendo una lucha no interrumpida, como lo vemos entre los otros mamíferos.

Es solamente de esta forma cómo pueden comprenderse las diferencias psicológicas existentes entre el genio y el vulgo. Especialmente la raza humana, que vivió solitaria por parejas ó en grupitos compuestos de un varón y muchas mujeres, debió estar de continuo entre el fuego de la lucha por la existencia, quien destruye todo estado débil é incapaz. Así fué como el progreso biológico se aseguró y como se formaron seres dotados de pensamientos más y más profundos y de sentimientos más y más egoístas. Al encontrar tal sujeto solitario un gran rebaño humano, era vencido á pesar de su superioridad biológica, ó si, por casualidad, él era el vencedor, se hacía el jefe de la tribu y ocupaba todas las situaciones donde su pensamiento más profundo se hacía útil á la sociedad: he ahí por qué era tolerante á pesar de sus sentimientos egoístas. (1)

La experiencia de los siglos demuestra que el genio se encuentra siempre sobre uno de los dos polos extremos de la insociabilidad ó de la morbosidad. Y es en vano que, después de cien mil años, se procure retener al mismo nivel universal y normal á todo el mundo. Se necesita ser muy sencillo para suponer que está el hecho á merced del azar ó de la mala voluntad. El hecho existe, señalado con profundas diferencias de razas que no pueden ser en ninguna manera niveladas, semejantes al árbol que, tirado dentro de un lago, surgirá siempre encima de la superficie del agua sin estar jamás al mismo nivel. La sociedad dice á los genios: «Sed semejantes á nosotros, ó nada seréis.» Y si ellos, gracias á esta amenaza, sufriesen las reglas universales, entonces aparecería toda una serie de nuevos fenómenos inesperados: el altruismo mórbido, el misticismo, el pesimismo, etc., etc. No siendo posible afirmar si los resultados obtenidos serían más aceptables que el mal que se quiere evitar.

Así, ciertos psicólogos consideran como degenerados, no solamente los hombres de genio, sino también toda la Europa que los lee y admira. Eso supuesto, no conviene olvidar que toda sociedad es un rebaño y que no hay dentro de la naturaleza rebaño sin jefe. Y hasta ahora en ninguna parte esta necesidad de tener jefes es

(1) Sabido es que entre los elefantes los tipos solitarios llegan á ser los jefes de los rebaños.

tan poderosa como en la humanidad. Pruébalo el hábito de confesión, que no existe más que en ella.

Estos son los hombres de genio que dirigen las muchedumbres; luego si el alma de los jefes del rebaño humano está pervertida, morbosa, no serán ellos solos quienes sufrirán, sino el propio rebaño. Ya en los tiempos primitivos los rebaños humanos adoraban á los jefes que se apoderaban del poder, sea material, sea espiritual (sacerdotes, hechiceros, poetas), y la misma cosa persiste aún hoy. Solamente que en la época primitiva los jefes y los rebaños estaban sanos, mientras que ahora los jefes están enfermos, degenerados por la acción de la sociedad, y este estado se refleja sobre la masa entera. Las causas esenciales de dominación y adoración se apoyan sobre instintos tan vivaces que casi sin mudanza persisten aún en nuestros días. El rebaño puede sublevarse contra sus jefes, pero no puede vivir sin ellos. He ahí por qué la cosa—siendo en el fondo la misma—se cubre de una doble máscara. De un lado, el rebaño procura convencerse á sí mismo que él crea todos los impulsos recibidos de los hombres de genio; éstos, por su parte, temiendo por su poder, esconden con gran cuidado la dominación que ellos ejercen. Se puede ver frecuentemente la comedia de los jefes, como Marx, por ejemplo, ejerciendo una influencia ilimitada sobre la masa, asegurarla, en cambio, que ella es la única ama y dueña de sus acciones. Es así como un adulador dice á César en un drama de Shakespeare: «¡Oh, tú que no quieres á los aduladores!» Y César se sonríe con contento.

La cosa se complica más aún por la división de la sociedad en clases económicas. La clase dominante se recluta generalmente entre lo peor de la plebe enriquecida, quien saca de su seno el hombre de genio. Todo eso hace que los verdaderos reyes del pensamiento se encuentren habitualmente fuera de la sociedad, ejerciendo su poder de una manera encubierta, pero indudable. Por lo demás, esto está de acuerdo con la naturaleza misma de las cosas.

Las leyes inexorables de la herencia son éstas, fundadas en que el genio no puede ser verdaderamente atrevido y creador si no es solitario. La naturaleza ha trabajado centenares de miles de años para hacerlo tal, y nosotros nada hemos cambiado ni en nuestros consejos, ni en nuestras indignaciones, ni en nuestros deseos piadosos. Luego la sociedad no puede tolerar que tales solitarios vivan, según la ley, de su propia naturaleza; también ella ejerce toda la omnipotencia de una presión material y moral á la vez, para hacerlos semejantes á ella misma.

Pero, ¡ay!, las leyes de la mecánica moral son tan inexorables como las leyes de la mecánica física. Dos cuerpos de diferente densidad no pueden sostenerse á un mismo nivel. Un abeto en un invernadero y un naranjo al aire libre de nuestro clima, degeneran. La cultura moral y social aniquila total ó parcialmente el genio en producto estéril, ó bien le provoca estados morbosos. La sociedad no exige de él ningún heroísmo, sino los instintos medianos de un ciudadano moral; luego estas exigencias medianas, que son normales en los otros hombres, trastornan todo su equilibrio interior y lo sumen en el pesimismo ó en el misticismo.

Será él un individuo normal, pero aparecerá en seguida como un artífice de milagros, un salvador de la humanidad; creará la religión de los sufrimientos humanos, como Dostoïewsky, ó de la adoración de los inocentes y de los bobos, como Tolstoi; en una palabra, saltará más alto del nivel moral tanto como antes se encontraba más bajo. Por lo demás, un discreto análisis demuestra siempre que en la base de estos fenómenos morbosos hay un egoísmo mal disimulado del rapaz solitario. La hondad

y el amor extremados del genio son siempre sospechosos. Ellos esperan más bien la venganza que toda otra cosa.

Tal hombre de genio se mete á predicar en la vejez la abstinencia y el amor al prójimo; frecuentemente nos relata de una manera muy clara cómo llegó á esta filosofía. Es viejo y su piel se arruga, sus cabellos encanecen, sus dientes caen; para él no existe el goce. Luego, atento al fin inevitable de la vida—dice él—renuncia á todo y ninguna desilusión no nos alcanza.

Esta predicación sería muy eficaz si diera el ejemplo durante su juventud, renunciando á los goces de la vida; de otro modo, no es más que una irritación debida á su impotencia. Y estos ataques apasionados contra el amor nos hacen volver á los rebaños primitivos, en los cuales un viejo impotente procura cazar á la juventud viril. En nuestros días, esta ejecución sumaria será imposible; pero ya que no es posible alejar la juventud del goce, busca pervertirla y hacerlo repulsivo. Y este amor de los pequeños y de los tontos es el que excita la envidia de los débiles y miedosos, quienes no pudiendo ó no osando rivalizar con los fuertes, se vengan de ellos suscitándoles obstáculos. El amor de los débiles no es, entre el genio, más que un amor por despecho muy bien encubierto y un egoísmo primitivo inconsciente.

La razón real entre el genio y la sociedad es, pues, la siguiente: la sociedad no puede soportar dentro de su seno al genio cuando él posee instintos naturales y sanos, porque le persigue y le extermina. He ahí justificado el que la poesía haga resonar frecuentemente el grito desgarrador de los presos y torturados. Y este grito no ha sido proferido solamente por poetas «violentos», como Musset y Byron, sino por seres incomparablemente dulces, como Lamartine ó Pouchkine.

Cuando leemos las obras de Dante, Tasso, Shakespeare, Marlowe, Goethe, Heine, Mickiewicz, Léñau, Poë, de todos los grandes poetas en general, nos encontramos á la vista de un espectáculo lamentable. Y es que hay allí algo de la melancolía de la selva cuando resuenan los gemidos plañideros de los árboles durante la tempestad.

El mundo está propicio á tolerar el genio, siempre que se someta á sus leyes; pero entonces se origina una serie de desviaciones morbosas, y el genio degenerado corrompe con el veneno de su alma enferma el alma del propio rebaño. La degeneración del genio provocada por la sociedad acarrea en seguida la corrupción de su propia atmósfera moral. Y no es asombroso que ciertos psicólogos consideren como degenerados, no solamente los hombres de genio, sino también toda la Europa. Es un verdadero círculo vicioso, dentro del cual no hay, visto el ciego empirismo de la actual cultura social, más que una salida única: la lenta desaparición del genio. Pero esto equivaldría á la renuncia de toda cultura superior. Y es evidente que la poesía y el arte verdaderos no son otra cosa que productos del genio y del talento. Si en todos los otros dominios la muchedumbre humana tiene alguna importancia, allí no tiene ninguna. La ciencia que para los trabajos preparatorios necesita de algún peón, puede muy bien utilizar un contingente de medianías; pero es evidente que ellas no son las que constituyen y hacen la ciencia. En el fondo, los límites de nuestro conocimiento están estrictamente definidos por el grado de desenvolvimiento biológico, y éste no puede ser reemplazado por ningún procedimiento técnico ni por ninguna organización social prohibitiva.

DR. L. WINIARSKI.



A. HAMON

Escribo esta biografía preferentemente para los policías. Habiendo esos patibularios imbéciles tomado la costumbre de ir á fastidiar á la portera de Hamon cada vez que un nuevo libro suyo ve la luz pública, voy á darles, con suma complacencia, los más completos detalles sobre el autor de la *Psicología del anarquista socialista*.

Hamon es un joven de mediana estatura, nariz aguileña, barba negra y el bigote caído, como el de los celtas; los ojos negros, centelleantes y alegres, y en el ángulo de los párpados esas pequeñas arrugas imperceptibles que caracterizan á los irónicos, debido á su manera de arrugar el entrecejo cuando se burla de las contingencias. Es nervioso, de movimientos ágiles, de color bronceado; á primera vista tiene la apariencia de un hombre de acción; pero es tan sólo un hombre de estudio, un hombre intelectual, un científico.

Es muy interesante estudiarle bajo el punto de vista de las influencias ambientes y atávicas. Hamon nació en Nantes en Enero de 1862; pero ha vivido en París desde su infancia. Sus antecesores son bretones. Tiene algo de sangre vendeana y de sangre augevina, pero la dominadora bretona le clasifica entre los hombres de voluntad, no entre los soñadores. Habla con la lentitud propia de los parisienses y de los provincianos del Oeste. Odia todo lo quimérico, toda secta, todo partido estancado; tiene el tranquilo aspecto de los que no se apresuran nunca durante mucho tiempo, no siendo cuando de hechos se trata, medio infalible de no apresurarse en vano.

Hizo sus estudios en Condorcet, y, apenas terminados, empezó á escribir en 1881. Ocupóse primero de física y de química. Durante su juventud apasionóse sólo por la ciencia: ningún intento de drama en sus carteles, ningún ensayo de versificación, lo que es muy notable y digno de elogios.

En 1881 colabora en la *Ciencia popular*, después en el *Cosmos*, donde publica un

estudio sobre la distribución de la electricidad; colabora en la *Higiene para todos*, en 1882, produciendo un notable estudio sobre los envenenamientos de las aguas potables, por el plomo. Este estudio, corregido y aumentado, ha sido publicado en folleto en 1884 por el editor Delahaye, y traducido al turco en 1889 en Constantinopla.

De 1884 á 1889, Hamon colabora en el *Journal d'Hygiène Populaire* (Montreal); en el *Journal d'Hygiène* (París); en *La Higiene* (Madrid); en la *Revista Italiana di Terapia ed Igiene* (Plasencia); en la *Gazetta di Medicina Publica* (Nápoles), y semejante labor no le impedía publicar al mismo tiempo la *Chronique de l'Hygiène en Europe* (Montreal, 1886) y *Dell'Uso dei tubi di piombo per la condotta delle acque alimentari* (Plasencia, 1888) obra igualmente publicada en la *Zdrowie* (Varsovia). Varios fragmentos fueron reproducidos por el *Sanitary Record*, de Londres; por el *Sanitary Engineer*, de New-York. Hamon dió aún entonces la *Esposizione d'igiene urbana di Parigi* (1886, Plasencia).

Vemos, pues, á Hamon hasta 1889 ocupándose preferentemente de cosas científicas, ó más bien de las aplicaciones de las ciencias benéficas para los hombres. Por eso mismo debía ser fatalmente arrastrado hacia el estudio de la sociología, no por sentimentalismo ni para afirmar opiniones preconcebidas, sino mera y llanamente por hábito de matemática deducción.

Trajo, en la *Agonie d'une société* (en colaboración con G. Bachot, Savine, editor), su espíritu de método, de precisión, de síntesis (1889).

En 1890 aparece en casa de Doin el *Traité d'Hygiène publique d'après ses applications dans les différents pays de l'Europe*, por el doctor Palmberg, obra traducida del sueco bajo la dirección de Hamon.

El doctor Brouardel, decano de la Facultad, escribió el prólogo de este volumen.

Luego Hamon vuelve á su estudio de la sociología. En 1890-91, colabora en *L'Egalité*; después publica *Ministère et Mélinite*, en casa de Savine, y *La France sociale et politique*, año 1890 (Savine, 1891, dos tomos); año 1891 (Savine, 1893); colabora en la *Revue Socialiste*, donde estudia preferentemente las *Vidas póstumas anímicas y políticas en Bretaña*; en el *Arte Social* publica su célebre estudio sobre los *Hombres y las teorías de la Anarquía*, obra de poderosa lógica, de fina ironía, escrita con toda intención, con la más insolente cortesía que puede darse hacia el adversario. *La Révolte* publicó este trabajo en folleto (1893). El folleto fué traducido al español en Buenos Aires, en *El Perseguido*, y en italiano, en Paterson (Estados Unidos).

En 1893, Hamon dió también á los *Archivos de Antropología criminal* un ensayo sobre la *Definición del crimen*, traducido al portugués, al español, al inglés y al italiano.

He aquí ya una labor copiosa; pero no es esto todo: en Mayo de 1893, Hamon comienza la crítica científica, filosófica y sociológica en la *Société Nouvelle*. En 1893, á raíz de la muerte de Benoitavalon, fué durante algún tiempo miembro del Comité de dirección de la *Revue Socialiste*.

De 1891 á 1893 colabora en la *Revue de Bibliographie Médicale*. En Noviembre de 1893, hace un volumen que marca una etapa en su evolución: *La Psychologie du Militaire professionnel*. He aquí á Hamon, que ya no se ocupa más de ciencia aplicada, ni de pura moral, ni de polémica; el sociólogo se transforma en psicólogo; aplica á los individuos estudiados, sea separadamente, sea en colectividad, el vigoroso método que ha empleado para sus trabajos anteriores.

Ese libro hizo ruido. El autor, por haberse hecho el porta-voz de la opinión popular y de la opinión de las letras, llegó á ser sospechoso á las clases directoras. A raíz de los sucesos de Emilio Henry y de Caserio, Hamon abandonó la Francia en Julio de 1894, para no volver á ella hasta el día 12 de Febrero de 1895.

En este intervalo viajó por Inglaterra y Escocia; colaboró allí en *The Review Liberty*, y escribió la *Psicología del anarquista socialista*.

La falta de espacio me impide extenderme acerca de esta última obra, de un método muy curioso y de una lectura verdaderamente apasionante. Es posible no admitir ciertas deducciones del autor; sin embargo, es preciso reconocer el acierto de su tesis general.

Actualmente, Hamon colabora en *Free Review* (Londres), en varias revistas de Berlín, de Roma, de París; *Les Temps Nouveaux*, *La Société Nouvelle*, *L'Aube*, *L'Art Social*, *L'Etoile Socialiste* (de Bélgica), etc., etc.

Publicó, en 1895, *Patria é internacionalismo*, de cuya obra hanse publicado varios fragmentos en *La Questione Sociale* (Buenos Aires), en *The Tehel*, (Boston), *Der Socialiot* (Berlín), *Il Romani* (Florencia), *Il Scalpellino*, *Questione Sociale* (Paterson), etc. Una traducción española ha visto la luz en Barcelona.

La *Psicología del militar profesional* está traducida en alemán, en italiano y en portugués.

A ese trabajo, verdaderamente colosal, es preciso añadir trabajos especiales ejecutados por Hamon, como bibliotecario de la Sociedad Francesa de Higiene, como miembro de la Sociedad de Medicina pública de Bélgica, como miembro de la real Sociedad italiana de higiene, de la Sociedad española de higiene, de la Sociedad de Climatología de Argel, de la Sociedad de Antropología de París. En 1887 asistió al Congreso internacional de higiene de Viena, en donde expuso una Memoria. En 1889 tomó parte en el Congreso de París.

En 1893-94, Hamon y de Lassalle (otro nantés) publicaron en el *Arte Social* varios documentos para el servicio de la historia de nuestra época. Esta interesantísima publicación fué interrumpida cuando el *Arte Social*, perseguido por los esbirros, tuvo que suspender su publicación, pero continuará algún día.

Tal es la obra actual de Hamon. No es ordinaria.

Siento mucho que la falta de lugar me impida estudiarlo bajo el punto de vista literario. Me contentaré con decir que Hamon se recomienda por cualidades extremadas de ironía y de precisión. Sabe, cuando quiere, hacer periodismo. Sus crónicas del *Paris* fueron muy notables. Notable también fué su carta á *L'Intransigeant* á propósito del embargo judicial de su correspondencia en 1894.

Tomó parte en los trabajos del Congreso socialista de Londres, en el que fué delegado por la Bolsa del Trabajo de Nantes.

Va á publicar con *Rene Chil* una *Psicología del científico y del artista*. El cuestionario que ha enviado á los hombres de letras y de ciencia conocidos, ha suscitado críticas y polémicas; sencillos espíritus hanse ejercitado á la chacota que se estila en los *restaurants* acerca de ese interesantísimo ensayo. Eso no ha hecho y no hará más que asegurar el *suceso* de la obra (1).

He aquí, pues, á Hamon tal como es: un trabajador infatigable, un erudito, un escritor de talento ductil, capaz de tratar de las materias más diversas y, además, un apasionado de la bicicleta. La perfección es relativa.

Pero las abundantes baladas, sobre todo en su Bretaña que tanto ama, no le impiden afortunadamente la tarea del polemista y del filósofo; y el nombre de Hamon, ya familiar á todos los hombres de letras, será generalmente conocido del gran público, porque puede decirse de ese joven lo que Mirabeau decía de Robespierre: «¡Cree todo lo que dice!»

Mi convicción es que Hamon está predestinado para la vida activa, él que no gusta y no ha vivido nunca más que la vida cerebral. Entonces será muy interesante de ver cómo se conduce esa lúcida inteligencia en ese nuevo medio.

WHIRLILY (EUGENIO THÉBAULT).

(1) La información emprendida, no habiendo dado ningún resultado, ese estudio ha sido abandonado, al menos por el momento.





CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

El ejercicio puede tener una acción directa sobre los movimientos respiratorios, porque ciertos actos musculares se ejecutan con auxilio de los músculos del pecho y de la espalda. Estando estos músculos utilizados por el trabajo, se encuentran momentáneamente separados de su papel de músculos respiratorios. Y hasta pueden suspender la respiración, si se apoyan sobre las costillas para mover los miembros superiores.

El esfuerzo de que ya hemos hablado largamente en el artículo de los *Movimientos*, es el tipo de los actos que suspenden la respiración por inmovilizar el torax.

Este acto tiene consecuencias importantes desde el punto de vista de la circulación de la sangre; pues por esto, sobre todo, perturba la función respiratoria. Pero tiene también por efecto el estorbar momentáneamente el cambio de gases, y esto, por lo general, en el momento en que es más urgente. La suspensión de la respiración durante el estado de reposo no tiene graves consecuencias, porque siempre va seguida, por un efecto de compensación, de una serie de respiratorias más amplias y más profundas, que eliminan prontamente el ácido carbónico, cuya cantidad retenida en la economía no puede ser excesiva, dado el caso de reposo de los músculos.

Pero, si el esfuerzo tiene lugar durante el trabajo, sucede que el pulmón se ve entorpecido en su juego, justamente en el momento en que su acción debería aumentarse; la suspensión de la respiración cierra la vía por donde debe eliminarse el ácido carbónico en el instante en que los músculos producen tres veces más cantidad de este gas que en el estado normal. La respiración, que responde apenas á las necesidades del organismo durante el libre funcionamiento del pulmón, se hace insuficiente cuando los movimientos del torax se encuentran detenidos. La suspensión reiterada de la respiración durante el trabajo puede llegar á ser una causa muy eficaz de disnea, mientras que no provoca en el estado de reposo más que un malestar pasajero.

Pero el esfuerzo y los demás actos musculares capaces de suspender ó de entorpecer el juego de las costillas, no son las causas más frecuentes de las perturbaciones que se observan en los movimientos respiratorios durante el ejercicio. La respiración es á veces modificada en su ritmo, su amplitud y su frecuencia, sin que se necesite invocar la acción directa del ejercicio practicado. Muchas veces vemos que ejercicios cuya ejecución no necesita el concurso de los músculos torácicos, perturban, sin embargo, profundamente el juego de los movimientos del torax.

La acción indirecta del ejercicio se hace entonces por efecto reflejo.

Los efectos reflejos capaces de modificar el ritmo respiratorio tienen, por punto

de partida, muy diversas impresiones; el pulmón está expuesto, con mucha frecuencia, á sufrir sus efectos, porque no hay ni ningún órgano más impresionable. Para comprender bien esos efectos reflejos, á que el pulmón es tan susceptible, es preciso recordar que generalmente las impresiones vivas, físicas ó morales tienen tendencia á traducirse en movimientos involuntarios, y que esos movimientos pueden localizarse, ya en los músculos de la vida orgánica, ya en los de la vida de relación.

Cuando se pasa cerca de donde una persona toma por primera vez una ducha fría, se oyen suspiros, gemidos entrecortados. Esos sonidos inarticulados, que parecen gritos de angustia, son simplemente debidos á efectos reflejos. La sensación de frío que causa la ducha en las paredes del pecho se transmite á los centros nerviosos y provoca una excitación, de que resultan efectos bruscos de inspiración y de espiración. El aire es atraído hacia el pecho con violencia, ó arrojado al exterior bruscamente y, al pasar, hace vibrar las cuerdas vocales sin que la voluntad intervenga. Si la impresión del agua fría es demasiado viva, el efecto reflejo puede conducir á una suspensión completa de la función respiratoria; es imposible que el aire entre en el pecho, ó que salga cuando ha entrado. De aquí una especie de angustia, una sofocación momentánea, que hace penosos los comienzos de la hidroterapia á los individuos impresionables.

Toda sensación física, violenta, cualquiera que sea su localización, viene á reflejarse en los pulmones; toda emoción moral viva, cualquiera que sea su causa, puede también dejar sentir su influjo en la función respiratoria. La alegría, el dolor, el temor, pueden producir en los movimientos respiratorios efectos reflejos, que se llaman risa, sollozo, suspiro, grito.

Cuantas veces los movimientos respiratorios se encuentran perturbados en su ritmo, se produce la sofocación, aun en el estado de reposo muscular. Con mucha frecuencia, causas de orden moral vienen á aumentar la tendencia del individuo á sofocarse durante un ejercicio. Alguno de éstos, que se ejecuta con una respiración tranquila si se tiene el espíritu libre de todo cuidado, produce rápidamente perturbaciones respiratorias cuando va acompañado de una preocupación viva.

Los que han tenido ocasión de presenciar un duelo entre dos individuos habituados al manejo de las armas, saben que se produce la sofocación incomparablemente más de prisa en los ataques sobre el terreno que en un asalto en la sala de armas.

Y, sin embargo, sus movimientos son más prudentes, más recogidos; no intentan grandes ataques, y más bien observan que obran; hacen menos gasto de fuerza, pero... pero las espadas no tienen botón.

Las emociones depresivas hacen sentir su efecto sobre la respiración de los animales como sobre la del hombre. Un caballo impresionable, al que se maltrata durante el trabajo, ó sólo con que se le amenace severamente con la voz, se sofoca más rápidamente.

Por esta razón, los animales salvajes pueden ser alcanzados en la caza por animales domésticos, á pesar de su superioridad en resistencia á la fatiga. El perro, incomparablemente menos veloz que la liebre, consigue, sin embargo, forzarla; el terror que siente el animal perseguido perturba su respiración y le priva de una gran parte de sus medios.

Las impresiones morales, lo mismo que las sensaciones físicas, no pueden disminuir la aptitud respiratoria más que por efectos reflejos, que vienen á turbar el juego regular del soplo pulmonar. Se ve que, bajo el influjo del miedo, los movimientos del pecho, ya se aceleran sin medida, ya se disminuyen ó se suspenden momentáneamente.

ó ya se suceden con intervalos irregulares. La falta de coordinación, el desorden de los movimientos respiratorios que se observa bajo la impresión del miedo, se parecen mucho á esa incoherencia de los movimientos de los labios que impide á un hombre conmovido articular claramente las palabras. Así, pues, las emociones deprimentes pueden acarrear una especie de *tartamudez* de la respiración.

El desorden de los movimientos respiratorios destruye la regularidad de los cambios gaseosos que se verifican en el pulmón, entre la sangre venenosa y el aire atmosférico, entorpeciendo así profundamente la función de la ematosis. Cuando la respiración no es regular, el ácido carbónico formado por el trabajo no puede eliminarse á medida que se forma y no puede introducirse el oxígeno en la proporción que el organismo reclama; en tal caso, no se satisface la necesidad de respirar y se produce la sofocación.

Así, pues, las impresiones morales pueden venir á añadir su influjo al del trabajo para producir la sofocación, no por aumentar la producción de ácido carbónico, sino por impedir su eliminación regular. Cuanto más impresionable es el individuo, más fácilmente influyen las emociones en sus actos respiratorios. De aquí la superioridad, en ciertos ejercicios corporales, de los hombres tranquilos y dueños de sí mismos. El temor de ser derrotado, la preocupación de verse momentáneamente alcanzado, pueden disminuir la aptitud respiratoria de un *sportman* muy vigoroso, pero demasiado impresionable, y hacerle perder el premio de una carrera á pie, ó de una regata.

DR. FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

ENTRE DOS FUEGOS

Don Blas entró en el salón seguido de cuatro mozos de cordel, cada uno de los cuales llevaba un gran cajón á cuestas.

—¡Eh, cuidado con los golpes!

Y cuando los mozos habían dejado en diferentes sitios del aposento su pesada carga, D. Blas alargó la mano diciendo:

—A ver, ¿quién cobra? Hoy no os quejaréis de la suerte; ahí van cuatro reales, que son así como cuatro duros en los tiempos que atravesamos.

Los mozos habían andado desde la calle de Fernando á la de Cortes, es decir, cerca de dos kilómetros cargados como burros, y creían haber ganado una peseta cada uno. Así es que no tomaron lo que se les daba.

—¿Se cobra ó no?

Uno de los mozos, el más joven, quitóse la gorra y dijo:

—Señor, nuestro trabajo vale cuatro pesetas.

—¡Cuatro pesetas!—exclamó D. Blas asustado. ¿Queréis ganar cuatro reales en media hora? No ganan más en un día los obreros de mi fábrica.

—Nosotros...

—Seguidme, que yo os necesito y lo pagaré todo junto—dijo Eduardo desde la puerta.

Los mozos obedecieron, y en la escalera Eduardo les dió cinco pesetas.

Don Blas era un fabricante catalán, que había reunido un capital enorme explotando miserablemente á sus obreros, y Eduardo un joven ingeniero, á quien D. Blas había metido en su casa, casándolo con su hija Anita. Eduardo, que sustentaba ideas muy radicales en sociología, se había hecho querer demasiado de los obreros de la fábrica para que le quisiera su suegro.

—¿Qué trae usted dentro de estos cajones?—dijo Eduardo entrando de nuevo en el salón, después de retribuir convenientemente á los mozos de cordel.

—La promesa que hice á la Virgen en gracia á haberme sacado sano y salvo del peligro que corrimos cuando se vino á tierra la tapia del huerto.

—Sí, pero sin el doctor...

—Te digo, Eduardo, que fué la Virgen.

—Bueno; pues otra vez nos ahorraremos la cuenta del médico. No dirá usted que no procuro por la caja.

—Sí; pero, en cambio, pagarás los peones á diez reales, y permitirás que fumen y hablen.

—¡Qué quiere usted! No otorgo ofrendas á las Vírgenes con el dinero de los trabajadores.

—¡Eduardo, no me exasperes ni blasfemes!

—Si de lo que trato es de humanizar á usted. Vamos á ver: ¿no hubiera sido más justo y humano entregar á Pedro lo que ha gastado hoy usted en tonterías; á Pedro, que es un obrero modelo, y que tiene un hijo gravemente enfermo y á su padre inutilizado?

—No; los santos son antes que los pobres, y además, mis obreros son muy religiosos y no habrían de permitir lo que tú indicas.

—Eso deben decírselo á usted para complacerle; el obrero de hoy no es tan imbécil.

—¡Eduardo, no llares imbéciles á los obreros que prefieren estar bien con Dios antes que apagar su sed!

—No, si no lo prefieren; por eso no son imbéciles.

—Voy á convencerte de que lo son, digo, de que antes procuran satisfacer las necesidades del espíritu que las del cuerpo.

Y poniéndose al teléfono, dijo:

—Que se presenten diez obreros de la sección de blanqueo, y que venga Pedro con ellos.

Después, dirigiéndose á Eduardo, exclamó:

—Ya verás, ya verás qué lecciones de religiosidad van á darte mis operarios.

—Es fácil que se la den á usted de sentido común.

En estos dimes y diretes pasaron buen rato suegro y yerno, hasta que el primero, viendo entrar á los obreros, dijo:

—Oid: he gastado en ofrendas á la Virgen que me salvó la vida 5.000 pesetas, ¿Hubierais preferido que las repartiera entre vosotros, como cree Don Eduardo?

—El señorito está equivocado—exclamó receloso Pedro.—Nosotros ganamos bastante, y estas 5.000 pesetas hicieron el milagro de salvar la vida al señor, á quien tanto queremos.

—¡Hipócritas!—gritó Eduardo furioso. ¡Que seas tú, Pedro, quien tal cosa diga, tú, que en mi presencia has hecho profesión de fe librepensadora!

Y Pedro, aturdido, sin saber qué responder ni qué respondía, contestó:

- Don Blas nos despediría si...
- ¡Gandules!, ¿conque me engañáis y engañáis á Dios para poder comer?
- ¡Esclavos!, ¿conque para poder vivir vendéis vuestra conciencia?
- Tenemos hijos, señor—murmuró Pedro, más muerto que vivo.
- Así eternizáis su esclavitud—gritó rojo de ira Eduardo.
- El castigo de Dios caerá sobre sus cabezas—dijo D. Blas con beatífica rabia.
- Todo esto está muy bien, Don Blas y Don Eduardo; pero nosotros algo hemos de pensar, algo hemos de tener de hombres. La dignidad... las necesidades...
- No habéis de tenerlas—interrumpió D. Blas.
- Destruid con el fuego y con el hierro lo que se oponga á ellas—dijo Eduardo.
- A trabajar, y el sábado os despido por herejes.
- Los obreros, al retirarse, miraron á Eduardo como demandando amparo.
- Por cobardes no merecéis mi protección—les dijo éste al pasar por su lado.
- Parece que no ha quedado usted muy satisfecho de la entrevista.
- Tampoco tienes tú motivos para estar contento de ella.
- Yo les disculpo. Usted es para ellos un tirano. Encarna la más negra y tirana de las esclavitudes: la esclavitud económica. Sin tener la vida asegurada los hombres no pueden ser libres. Han de vivir mintiendo si son instruidos, ó vegetando si son ignorantes. Por eso engañan á usted.
- No, si lo que yo sospecho es que te engañan á ti. Mis obreros son muy católicos, y como tú eres un judío y ven en ti á su principal de mañana, te hacen creer que sus ideas son las tuyas.
- Más vale que lo tome usted así; pero tanto si le engañan á usted como si me engañan á mí, les hace mentir la necesidad que tienen de nosotros. Hemos de confesar que sobre ellos ejercemos una tiranía indigna.
- Saludable diría yo, porque sin esta influencia se entregarían á las ideas más disolventes.
- Al contrario, las ideas disolventes son un producto de aquella tiranía.
- La conversación fué interrumpida por un mayordomo, que dijo:
- Los obreros están alborotados, y una comisión pretende hablar con ustedes.
- Avisa al gobierno civil por teléfono—dijo, temblando, D. Blas.
- No, espera; dí que entre la comisión—dijo, sereno, Eduardo.
- Entró ésta, y un obrero exclamó:
- Nosotros, claro está, cumpliendo con nuestro deber en el trabajo, queremos la libertad de pensar como nos cuadre, y no podemos consentir que se despida á nuestros compañeros por profesar determinadas ideas.
- Claro que no—interrumpió D. Blas,—siempre que no estén reñidas con la Santa Madre Iglesia.
- Indudablemente; pero el obrero que no sustente ideas emancipadoras es digno de la esclavitud que padece, porque va contra su propia dignidad—dijo Eduardo.
- Nosotros únicamente queremos saber—interrumpió con brusquedad un obrero joven—es si Pedro y sus compañeros están despedidos de la fábrica.
- ¿Y si lo estuvieran?—preguntaron á una D. Blas y Eduardo.
- Haríamos causa común con ellos, declarándonos en huelga.
- ¡En huelga! ¿Con qué derecho? ¿Acaso no soy yo dueño de despedir á quien se me antoje?

—Será usted dueño, Don Blas, de despedir á quien le acomode; pero nosotros también lo somos de dejar el trabajo cuando nos plazca.

—Sí; pero mi señor padre político tendría de su lado la fuerza pública, y vosotros, sin dinero ni cosa que lo valga, pronto tendriais que sucumbir por hambre.

—Eso... eso... y calló el obrero, porque otro por detrás le tiró de la blusa.

—Vamos, concluye la frase, Andrés—dijo Eduardo.

—Ejecute usted la orden que le he dado antes—dijo al mayordomo D. Blas.

—Verá usted; nosotros no podemos morirnos de hambre mientras haya comida por el mundo, y contra la fuerza...

Y calló la boca, porque el compañero de al lado le dió un golpe con el codo.

—Contra la fuerza, ¿qué?

—Pues la fuerza.

—¡Que lo detengan! ¡Es un anarquista!—gritó D. Blas, y le dió un síncope.

—¡Bravo! Habéis ganado la huelga—exclamó Eduardo.—Volved al trabajo, que yo me encargo de arreglarlo todo.

Y se arregló, porque D. Blas, para acabar con los anarquistas que después del síncope veía por todas partes con ceño amenazador, traspasó la fábrica á su yerno, y éste la vendió para no vivir explotando á sus semejantes. Los obreros *cursaron* su vida de esclavos, llevando dentro de su cerebro el germen del hombre libre.

FEDERICO URALES.



LA REVISTA BLANCA

Sociología, Ciencia y Arte.

La colección de esta Revista, que compone un volumen de 700 páginas, con los grabados y biografías de Bakounine, Zola, Sebastián Faure, Pí y Margall, Koch, Proudhon, Luisa Michel, Gerardo Hauptman, Víctor Hugo, Tolstoï, Ibsen, Malato y de otros artistas científicos, sociólogos y revolucionarios, puede adquirirse en esta Administración por 4 pesetas.





SECCIÓN LIBRE

EL SOCIALISMO ANARQUISTA

Al amparo de la idea anarquista se ha pretendido cerrar nuestros labios respecto de los mayores absurdos, pretextando la posibilidad de un fundamento de lógica. Decíase que la condición de anarquista implicaba la admisión, ó poco menos, de las extravagancias de los que querían singularizarse y de las majaderías de los que sentaban plaza de sabiondos metafísicos á la violeta. Cada individuo y cada grupo erigíanse en dogma viviente y se desbarraba á placer. El anarquismo es, sin duda, amplio campo á todas las hipótesis; pero arranca de bases fundamentales, de principios bien comprobados con arreglo á los que son admisibles unas ideas é inadmisibles otras. Como partido es todavía mayor para el anarquismo la necesidad de exclusión ó selección. No es posible realizar nada práctico ni constituir verdadera fuerza con opiniones contradictorias y tendencias antagónicas. Dentro de nuestro amplio criterio, las agrupaciones han de constituirse por comunidad de ideas y tendencias. Si hay elementos que denominándose de un mismo modo difieren en la doctrina ó en los procedimientos, harán bien en organizarse separadamente, porque cuanto más juntos vivan, más daño harán á la propaganda, ya que serán más fáciles las disensiones.

Limando las asperezas del personalismo y de los pequeños detalles, será siempre fácil llegar á la concordancia de elementos en el terreno de los principios generales. Establecida la concordancia de principios, no es menos fácil llegar á la comunidad de método, de conducta. Sobre todo cuando del anarquismo no se hace un pasatiempo de agradables divagaciones, cuando los anarquistas se entregan de lleno á la propaganda por la palabra y por la acción, por la conducta sería preferible decir, se hacen casi imposibles, por lo menos muy difíciles, las disensiones, las dañosas luchas por menudencias sin importancia. No significa lo dicho tendencia á sumar elementos verdaderamente contrarios. Hay en el campo anarquista diferencias irreductibles. Amalgamar opiniones de hecho contrarias, es tan insano como establecer profundas lagunas entre hombres que en el fondo piensan de un mismo modo.

El socialismo anarquista comprende todos los matices de la idea revolucionaria que proclama la libertad completa dentro de la igualdad de condiciones. Pero ¿cómo meter dentro de su programa, si así puedo expresarme, la exageración individualista? Olvidados de la necesidad ó fatalidad de la vida común, los anarquistas individualistas representan la mitad justa de la idea revolucionaria. Pudiera decirse que andan en un solo pie. Sería el neoindividualismo prácticamente hermoso, si prácticamente no viniera negado por la relatividad humana, si prácticamente la realización de lo abso-

luto no fuera absurda. Pero es simple teología política, quimera idealmente espléndida hacia la que correrá siempre la humanidad, sin alcanzarla jamás. La vida en grupo supone necesariamente transacciones, arreglos, convenios. Y son demasiado complejas las necesidades y demasiado limitadas las facultades individuales para que la vida pueda librarse fuera de la comunidad. El socialismo es por esto condición primera del anarquismo. Predicamos que cada uno debe estar en condiciones de hacer lo que quiera, pero sobradamente se entiende que lo que pretendemos es colocar á la humanidad en condiciones tales, que cada uno pueda hacer *lo más posible*, lo que quiera. Porque, en absoluto, tal afirmación significaría la potencia y la acción ilimitada en el individuo en correlación lógica con la ausencia de relaciones sociales, de transacciones, de arreglos, de convenios.

La pícara facultad de abstracción, á veces tan hermosa, tan imponente, nos tracciona á menudo, convirtiendo á los más recalcitrantes positivistas y materialistas en teólogos al revés, soñadores metafísicos de quintas esencias del porvenir.

Digo del comunismo *a outrance* algo semejante á lo que del individualismo dejo dicho, con la diferencia de que aquél se deriva de una más fuertemente sentida necesidad de vivir. Veráse el neoindividualismo en sujetos de gran imaginación que se preocupan poco ó nada de la vida material y parecen alimentarse de ideologismos y enrevesadas filosofías. Veráse el comunismo *a outrance* en hombres obsesionados por las crueles deficiencias de la vida material, que se preocupan escasamente de la satisfacción de las necesidades artísticas é intelectuales, más propensos á traducir el problema social en una simple cuestión de pan, que en el desideratum de la vida general humana. El comunismo *a outrance* olvida precisamente aquello que constituye la exageración neoindividualista; olvida que si la existencia no es posible fuera de la comunidad, no lo es asimismo si se descarta la libertad personal. Para estos comunistas, confiése lo ó no, la colectividad ó grupo es todo ó casi todo; el individuo nada ó casi nada. Si el comunismo, genéricamente hablando, ó mejor aún el socialismo, es la base necesaria de la anarquía, no hay forma predeterminada de comunidad que se pueda establecer como tal exclusivamente. Nuestra especie tiende demasiado á diferenciarse, son muy diversos los gustos, las inclinaciones, muy complejos los fines, no menos complejos los medios de acción, para que una regla invariable y constante de convivencia social sea de cualquier modo establecida. El principio de la comunidad supone grados, distintas concepciones, más y menos; y en el régimen libertario ha de quedar á la voluntad de los hombres la aplicación del método. Repito que dentro de nuestras ideas acerca del desarrollo de las necesidades, de la sociedad, del hombre mismo, no caben formas definitivas de vida social. No aspiramos á un estado social inmejorable, porque creemos que nada permanece inmóvil, ni nada puede ser absolutamente bueno.

Libre el anarquismo socialista de ambas exageraciones, mira con tolerancia todas las hipótesis, y amigablemente las discute; pero no viene obligado á aceptarlas por el simple hecho de colgarles una etiqueta, casi siempre inadecuada. Convencidos del doble carácter de la vida, afirmamos francamente el principio de la *cooperación libre*, dentro del cual todos los métodos, todas las aplicaciones tendrán práctica sanción, á reserva de las eliminaciones que la experiencia imponga.

Muchos no conciben cómo la sociedad podrá desenvolverse fuera de un sistema uniforme y constante. Si observaran, si penetraran el modo de funcionar de la sociedad actual, cambiarían de opinión. A pesar de la práctica individualista, cada país

vive de diferente modo; cada comarca, cada ciudad, chica ó grande, tienen modos peculiares de entender el trabajo, el comercio, etc. El individualismo está prácticamente limitado por prácticas más ó menos comunistas. Las bibliotecas, los paseos públicos, los hospitales, las sociedades industriales, son ejemplos de que la organización social descansa en un principio único, pero no se desenvuelve según un sistema cerrado.

Después de un siglo de continuos esfuerzos por uniformar la vida colectiva, no hay pueblo que no pugne por recabar su personalidad, y las rebeliones contra la uniformidad de la existencia suceden sin interrupción. El sueño de los Césares, como la ambición de los Papas, ha corrido la misma suerte deparada á los que han querido encerrar á la humanidad en un inmenso cuartel. Sólo la libertad puede unir á los hombres cuando la comunidad de intereses los haga solidarios. Un principio general de justicia no supone necesidad de método uniforme. Las ideas tienen en los individuos diferentes modalidades; en cada lugar y en cada tiempo distintas aplicaciones. En vano intentaremos torcer la naturaleza. Aceptándola tal cual es, habremos de dejar libre campo á todas las iniciativas, á todas las prácticas, á todas las experiencias, única forma de obtener una resultante común favorable al individuo y á la colectividad. El hombre es *anómico* por esencia; esto es, refractario á toda regla, á toda ley. Lo que voluntariamente hace sin repugnancia, se le resiste cuando se le impone. Preguntad á todo el que vive en la dependencia de otro, y la contestación confirmará nuestro aserto.

Dejar libre al hombre de gobernarse á sí mismo, se nos dirá, es condenarnos al suicidio. La imposición de obligaciones y de servicios es necesaria. Ciertamente que sí cuando el hombre carece de interés en cumplirlas voluntariamente. En nuestros días la fuerza es indispensable para que los hombres, mejor dicho, algunos hombres, trabajen, tiren pacientemente del carro como tira la bestia. No trabajan para sí, no sienten la necesidad de cumplir obligaciones que no conciben. El bruto tira del carro á fuerza de palos primero, voluntariamente, por hábito adquirido, después. No otra cosa ocurre al trabajador. Pero si las condiciones sociales fueran iguales para todos, ¿no respondería á la necesidad de alimentarse, de vestirse, la necesidad de trabajar? ¿No habría un interés individual y común de proporcionarse las mayores comodidades y los mayores goces posibles?

El acicate de la necesidad es tan poderoso que jamás, cualesquiera que hayan sido las condiciones de la existencia, se han entregado los pueblos á la holganza. Ved hoy mismo á muchos que no tienen por qué trabajar, ya que disponen de grandes riquezas, dedicados á todo género de deportes, trabajando á veces con ahínco en cosas fútiles, de ninguna utilidad. Los burgueses que se dedican á la industria y al comercio trabajan afanosos porque trabajan en provecho propio, porque sienten vivamente la necesidad de cumplir obligaciones de familia ó el interés de enriquecerse. El jornalero, en cambio, acostúmbrase á su salario, y aún es bastante imbécil para no hacer lo menos posible. La mayor parte de los trabajadores, no obstante la falta de interés en la faena, porque siempre le produce lo mismo, toma generalmente con empeño su labor, y aún hay quien se encariña con el trabajo y se esmera en ejecutarlo primorosamente. Y si esto ocurre cuando se les reduce á la condición del bruto, que trabaja á cambio de un mal pienso, ¿qué ocurriría si todos y cada uno viéramos inmediatamente la ventaja personal y colectiva de producir lo más posible en el menor tiempo dable y con la mayor perfección de que fuéramos capaces?

Realmente, en el fondo de todos los argumentos que se hacen contra la posibilidad del trabajo voluntario y de la asociación libre, no hay de verdadero más que esto: que se divide á la humanidad en dos clases de hombres, una compuesta de los ricos, cuya capacidad para regirse por sí mismos, para trabajar, para ilustrarse, para desenvolverse, en fin, por propia iniciativa, nadie pone en duda; otra, de los pobres, cuya incapacidad para gobernarse, para instruirse y satisfacer por sí sus propias necesidades, sin la coacción del rico, y del político, y del cura, es asimismo evidente. Para los primeros religión, poder, fuerza pública, magistratura, son cosas perfectamente inútiles. Para los segundos, además de todas esas zarandajas, es necesario un buen látigo en manos de bárbaro gañán que los arree sin piedad.

Sin esta división, inventada por la maldad y aplaudida por la ignorancia, toda la lógica de la necesidad del trabajo forzoso y del gobierno de los hombres se disiparía como humo y la noción del trabajo voluntario y de la asociación libre sería tan universalmente áceptada como la de que dos y dos son cuatro.

R. MELLA.

CERO... Y VAN MIL

Días atrás un soldado, en Gijón, sin motivo lógico (y buscamos la lógica burguesa) que justificara tal hecho, mata á dos mujeres; el otro día, en una de las calles más céntricas de Madrid y en plena luz, una mujer, joven aún, que, efecto de una grave enfermedad, había quedado calva, es atropellada brutalmente por una turba salvaje, que la insulta, la apedrea, desgarrá sus vestidos y la arrastra, sin encontrar persona alguna generosa que se ponga de su parte, y todo á ciencia y paciencia de las autoridades; otro, dos guardias borrachos insultan á un caballero que tranquilamente estaba en un coche aguardando al cochero, frente á un café de los barrios bajos, produciéndose una algarada que pudo degenerar en motín. Hace tres ó cuatro días, en París, una mujer, con un hijo en brazos, fué á la Administración de Correos de la calle de Las Hijas del Calvario á llevar un paquete de periódicos; un inspector de Seguridad se los arrebató y la insulta groseramente. La mujer, en natural defensa á tanta grosería, le da una bofetada, y el policía, furioso entonces, la arrastra y la deja casi moribunda.

Al saber todo esto y mucho más, ¿quién no dice, como el sabio Pangloss, que vivimos en el mejor de los mundos posibles?

Cuando explicamos las bellezas de una sociedad sin leyes ni castigos, y, por consiguiente, sin el famoso principio de autoridad, se nos ataja el paso con el sonsonete de que los instintos, las pasiones, los desvarios de la naturaleza, etc., etc., pueden ser causa de perturbación. ¡Farsantes!

La sociedad actual, enjambre de policías, ejército, magistratura, clero, y en la que nos es imposible dar un paso sin tropezar con una víctima ó con un malvado, ¿tiene garantizado el sosiego y la tranquilidad? Los hechos citados, por sí solos, bastan para hacerlo ver al más miope.

Creer que la autoridad es la que puede garantizar la tranquilidad de la sociedad; que las medidas represivas tienen virtud para hacer generoso á un pueblo; que en la consulta continua con los Códigos es como se civiliza á la humanidad, sólo puede

ocurrírsele á los que tienen un especial interés en que todo continúe tal como está. Para nosotros hay algo más alto, más sublime, más en armonía con la naturaleza.

Hijos de la tiranía, que es el medio que nos envuelve, el ambiente que respiramos, el maestro que nos guía; falseados por una educación egoísta y cruel, somos salvajes, y otra cosa no podemos ser porque todo conspira para que así sea. Por tanto, no debemos condenar á los hombres que tal hagan, ya que ellos son producto de esta sociedad fatalmente desastrosa que nos cobija; debemos condenar y condenamos á la sociedad que permite infamia tanta, conspirando para que sea un hecho cuanto antes su desaparición.

Por sus virtudes é ilustración se mantienen las sociedades humanas, no por las leyes que las resguardan. Así, pues, si la bondad de los pueblos es la que sostiene la autoridad, frágil barquilla sería ésta si los pueblos quisieran.

En todos los hechos ocurridos estos últimos días (y raros son los del pasado que así no sea) la causa de las perturbaciones se ha debido, cuando no á la intervención de la autoridad, á su iniciativa. ¿Y hemos de ver impasibles que tal suceda?

SOLEDAD GUSTAVO.

ENSEÑANDO LA OREJA

Hace poco más de un año, en el diario *El Progreso*, díjele yo á Federico Urales, á propósito de ciertas apreciaciones de D. Miguel de Unamuno sobre la juventud literaria, que la opinión de éste afirmando que los jóvenes están corroidos de una *soberbia luciferina*, más que opinión me parecía un trancazo.

Ya por entonces, no sé por qué, pero me olía á excentricidad ó á pujos de misticismo, de un misticismo exótico, mezcla de pulcritud y ostentación, de fervor é independencia, la manera de ver y de apreciar del catedrático salamanquino.

Recientemente, en el semanario *Vida Nueva* apareció un artículo firmado por *Gil Blas de Santillana*, en cuyo artículo, refiriéndose á otro del Sr. Unamuno, *La tiranía de las ideas*, hay párrafos de este tenor:

«Años hace que, sin saber por qué, me hacía daño eso de Unamuno; me sonaba á Polo y Peyrolón, á Abdón de Paz, á carlista, en una palabra; pero carlista con chorreras modernas y desplantes filosóficos para cubrir el género.

»Y así parece que era. Un día me enseñaron en *Vida Nueva* un artículo de Unamuno, impublicable de puro carlista. Otra vez oigo leer una carta suya, en la que invocaba la tolerancia de este semanario para que le dejaran colar en él otro artículo no muy conforme á su criterio ampliamente liberal.

»Leo anteriores trabajos del susodicho. ¡Horror! ¡Qué pesadez y apelmazamiento! ¡Qué estirada pedantería é inmoderado afán de exhibirse y distinguirse! Pero, sobre todo, ¡cuánta incoherencia y qué castellano el de Unamuno, Dios santo!

»Después supe que este señor era catedrático de Salamanca, ¡acabáramos!, hombre extraño con ribetes de misántropo, á quien es frecuente ver paseando solo por lugares apartados, huyendo de la gente, como Kant, y preocupado con una idea que es, dicen el terror de su vida, la obsesión constante, lo que no puede pensar sin escalofríos, la idea de que debe morir.

«Esto explica, según algunos, su amistad con curas, y más aún, con jesuitas (ya parecieron) que le corresponden bastante...»

Copio estos párrafos, de sabor *piconesco*—á mi entender, y si vale decirlo—porque vienen á corroborar mi más ó menos maliciosa suposición de entonces. Y, además, me parecen de perlas al tanto de lo que hace unos días publicó el Sr. Unamuno, con el epígrafe *La víctima de Portas*, en *Las Noticias*, de Barcelona.

Aunque no estoy en edad propicia para considerarme viejo, tampoco tengo la pretensión de apellidarme joven, y menos en lo que á escribir para el público concierne. Fluctúo en ese que podríamos llamar término medio, que, si me aparto de los concienzudos y experimentados, no será ciertamente por efectos de la edad, sino por insuficiencias de otra índole para mí más desventajosas. Entre los *jóvenes*, y de algún tiempo acá, vengo notando, mejor que un levantado espíritu de nobilísima aspiración, algo de lo que llamó *Clarín* la «pseudo-ciencia» del análisis crítico y alambicado, retorcido, más triste y soso que verdaderamente sabio». Noto más; noto un prurito, una comezón de singularizarse que, á mi juicio, encierra una vanidad pueril ó un afán de meter ruido estupendo. Veo muchos jóvenes de entendimiento ir á veces contra el sentido común por puro capricho, según las trazas, pues no he de suponerles faltos de talento para más dignas empresas y mejores fines. Si no por la edad por el sesgo, el Sr. Unamuno va por mí incluido en esa estimable juventud.

*
* *

Con ánimo de rebatir un apóstrofe del *Suplemento á LA REVISTA BLANCA*, dice el Sr. Unamuno que los buenos, si lo son de veras, no odian á nadie ni le maldicen... No, pero detestan, y en la execración va envuelto, por lo menos, un desprecio eterno. Déjese para los padres de almas la misión y facultad de absolver. Y no se ampare el Sr. Unamuno en lo dicho por Pablo Iglesias sobre la revisión del proceso de Montjuich, porque en el presente caso no se trata de un espíritu de venganza, sino de humanidad, de lástima por los atropellados, lo que trae aparejada la repulsión hacia el atropellador. Sería espíritu de venganza el que tendiese á aplicar al instrumento Portas la llamada pena del Talión. Que se le odie, maldiga ó desprecie, más que venganza sería plena justicia, algo que sentimos todos, quieras que no; algo que en el terreno fisiológico, en cuanto á simpatías, se atribuye, según Haller, á una reacción del *senso común*; algo humano, en fin, que no pueden desvirtuar todas las sutilezas mandadas recoger de puro anacrónicas.

Aunque estamos de acuerdo en eso de que el cristianismo no nos ha pasado de la epidermis espiritual, conviene recordar que por muchísimo menos condenó Jesucristo (todo amor y piedad) á Samuel, el judío errante. Mas que odio, lo que un sér de cierta calaña puede inspirar á los buenos es un asco invencible. Después téngase toda la piedad que se quiera y todo el amor que gusten; pero... *sin letras de molde*. Porque huele eso á singularidad, tanto ó más que á sentimiento piadoso.

Se acabó el tiempo de los sutiles distingos. Hay que exigir al escritor, ante todo, la sinceridad. El Sr. Unamuno no siente eso que nos dice en su artículo. Y si lo siente, peor. Portas, dando por cierta la leyenda negra que se le atribuye, no es una víctima (¡medrados estaríamos!) del militarismo, de la concepción militar (¿?) del deber. Es, en todo caso, sencillamente un producto bárbaro del más bárbaro egoísmo, al que se suelen aferrar los espíritus cuya mezquindad es evidente; materia inclinada á ciertos procedimientos en pugna con ese amor y esa piedad que se invoca. Y aquí encaja

una observación. Es chocante que esa idea de amor y de piedad se desarrolle á deshora. De haberla divulgado antes, ¡qué sanidad de intención! Los infelices de Montjuich lo hubieran agradecido bastante.

* * *

Por lo demás, no conviene confundir los términos. ¿Es acaso que en algún código militar se consigna la *utilidad* del salvajismo para la observancia del deber, el honor y el orden? Que unos cuantos soldados empleen los fusiles en imponer una sumisión más ó menos lógica ó en reprimir una asonada, será brutal, sí; pero, así y todo, no es lo mismo que apelar á ciertos medios para con individuos encerrados en una mazmorra. Un militar, un verdadero militar, descerraja un tiro, ordena fusilar con arreglo á la ordenanza; no quema con la lumbre de un cigarro el miembro viril de un infeliz, sea éste el que sea, ni manda retorcer testículos, y otros *entretenimientos* de este jaez; tiene un arranque quizás, pero no una crueldad así. El furor mismo está muy distante de la saña. Y he aquí la confusión en la idea, que parece lógica á simple vista, apuntada por Unamuno.

Yo podría asegurarle, por ejemplo, que en el propio cuerpo á que pertenece ese desdichado individuo sólo se le estima en *lo que vale*, y creo no habría de esforzarme para probarle lo que entre el elemento militar pesa esa *victima*.

No se n.e enfade el Sr. Unamuno, á quien, en medio de todo, hay que agradecer que diga algo, aquí donde nada dicen muchos que valen—lo cual es harto cómodo y más vituperable que lo otro—por lo que le digo; pero si su artículo en cuestión no es una *piadosa* defensa de algo, para lo cual la mayor *piedad* sería el silencio, lo parece mucho. Antójas-me que algunos han de tomarlo por algo así como una *jeremiada* un tantico cogida por los cabellos. O es una gran figuración cínica, una finísima sátira con que ha pretendido sorprender, ó equivale á sacarle punta á un asunto harto antipático. ¡Es demasiado *alambicar*!

S. GOMILA.

ENTRE DOS LADRONES

Et super vestem meum miserunt sortes.
«Y sobre mi vestidura echaron suertes.»

Esta profecía de Isaías, apócrifa ó verdadera, es discutible, si se refería á la túnica de Cristo después de crucificado, ó á los pueblos cuyo gobierno se halla en manos de los clericales, y especialmente entre las manos sacrílegas de los hijos de Loyola.

Lo cierto del caso es que ningún pueblo ni nación del mundo puede aplicarse con más fundamento que nuestra desventurada patria el espíritu de esta predicción, por más que no se pensase en nosotros en los tiempos de Isaías.

Dice la leyenda que, después de muerto Jesús, la asquerosa soldadesca que en Jerusalén representaba al imperio de los Césares (y siempre el imperio por delante), se jugó la túnica de la víctima, llevándose la partida los más osados y canallas, como siempre ha sucedido. El Cristo muere desnudo y entre dos ladrones, y le matan y despojan de sus vestidos los sacerdotes de la Ley mosaica, para darnos á entender que donde quiera que los cléricos imperan, el pueblo gobernado por ellos morirá crucificado y desnudo, y que su túnica se repartirá entre los sinvergüenzas y canallas, por más que éstos representen el *imperio*.

España hace ya muchos años que fué crucificada por la gente de sotana y, como el Cristo, también entre dos ladrones; esto es, entre el trono y el altar, y su túnica se repartió, como aquella de que nos hablan los libros, entre los representantes del imperio.

Procuraremos demostrar esto último que hemos dicho con los ejemplos que nos suministra la Historia. Siete siglos consecutivos dominaron los árabes en España, después de la tremenda derrota que el imperio godo experimentó á orillas del Guadalete.

Los invasores, después que terminaron su primera lucha de conquista, dedicáronse á extender por todas partes sus vastos conocimientos, no sólo en las ciencias y en las artes, de cuya maestría aún conservamos imperecederos recuerdos, sino que también en el importantísimo ramo de la agricultura, que tanto bien hizo á los yermos campos de la necesitada España, esterilizados hasta entonces por la ignorancia de sus habitantes y por la incuria de los gobernantes y hombres de ciencia, ocupados única y exclusivamente en averiguar si el Hijo procedía del Padre directamente, ó si el Espíritu Santo era el factor único de la Encarnación del Verbo.

Ya los árabes eran dueños de casi todo el territorio, y fundaban pueblos, y creaban leyes, y, á excepción hecha de algunas pequeñas escaramuzas sostenidas con los reyezuelos que les disputaban el terreno, dominaban en todas partes, y obraban y disponían como el que obra y dispone dentro de su propia casa.

España estaba llamada por entonces á ser un pueblo grande, rico, inmenso y poderoso, si no se hubiera interpuesto en su camino ese monstruo asolador, que, con asombro del progreso y de la civilización, hemos llamado hasta aquí nuestra *Unidad Religiosa*.

Una reina fanática é ignorante y una Iglesia suspicaz y codiciosa se unen en estrecho lazo y consiguen arrojar de nuestro suelo á millares de africanos, y con ellos los adelantos y las riquezas con que ya contaba esta desgraciada España, quedando crucificada y desnuda, entre el trono de Isabel y el altar de un cardenal, tan ambicioso como hipócrita.

DANIEL EGEA.

LAS DICTADURAS

En esta conflagración universal de las ideas ha comenzado una lucha encarnizada entre dos bandos de tendencias marcadamente opuestas: el del poder civil y el del poder militar. Jamás se ha visto que el poder del militarismo, como no fuese por su propia conveniencia, se dejara neutralizar por aquél. Marcharon casi siempre del brazo, en amigable y repugnante consorcio, y no parecía sino condición obligada que permaneciesen unidos hasta la consumación de los siglos.

No hay por qué entonar cantos de victoria con los progresos de la república francesa; pero hay que reconocer forzosamente que allí se libran á toda hora y en todo momento las más sangrientas luchas por la destrucción de todas las inmoralidades, y de estas luchas suele salir resplandeciente muchas veces la justicia.

El poder del militarismo, que ha sancionado en la cuestión Dreyfus una de las más grandes infamias, se ve hoy valientemente contrarrestado por el del pueblo.

No se teme allí el poder de la espada. Aquí no sólo se teme, se busca además su

apoyo. Cada hombre civil de los que aspiran á gobernarnos tiene detrás un soldado que lo defiende. Romero, á Weyler; Silvela, á Polavieja; el directorio conservador ortodoxo, á Azcárraga. Muchos republicanos esperan también que una cuartelada instaure la república.

A buen seguro que si no hubiese sido porque el elemento revolucionario extraño al ejército ha iniciado las más bellas y humanitarias reformas, de paso que el elemento de orden va consolidándolas, á estas horas nos hallaríamos en pleno absolutismo.

Crean algunos que el ejército es el único que puede hacer una revolución fundamental. Están en un error. Lo más que se puede hacer con el elemento militar es un levantamiento para derribar un gobierno y establecer otro. No va á comenzar el ejército por destruirse á sí mismo. Lo que no haga un hombre civil, mucho menos ha de hacerlo un soldado.

Y no lo dudéis, pues los hechos hablan. Por las esferas del gobierno han pasado los generales Azcárraga, Martínez Campos, Weyler, Primo de Rivera, Dabán, López Domínguez, Polavieja y otros que se llaman demócratas.

¿Qué han hecho sino arruinar al país? ¿Qué han propuesto sino reformas descabelladas?

¿Y son estos los generales que van á redimirnos? ¿Acaso no hemos visto que han pisoteado las libertades que el día anterior juraron defender? ¿Dudáis de que rasgasen ese guñapo que llaman bandera nacional si la patria no les diera lo que piden? ¿No visteis cómo muchos de ellos hicieron traición á los gobiernos de la república, porque éstos se negaron á sus exigencias? ¿De qué principio revolucionario parten esos políticos para regenerarnos?

Casi todos nuestros generales han hecho sentir su influencia en la gobernación del Estado. Ya hemos visto para qué: para ganar entorchados.

No nos alimentemos de ilusiones y pensemos friamente. Una espada puede mover uno, dos, tres, media docena de regimientos. La pluma, puesta al servicio de la justicia, agita toda una nación. La exposición de teorías avanzadas hace llegar más pronto á la destrucción de todos los privilegios. La espada de Riego no hizo más que restituir el Código de Cádiz. Mendizábal combatió mejor que todos los generales la causa del absolutismo. Las obras de Pi y Margall han abierto brechas más grandes en el edificio de la reacción que las luchas de Espartero, de Prim y de Serrano. La pluma de Zola concluirá por imponerse á Chanoine, á Paty du Clam y á toda la camarilla de militares que han pactado con la inmoralidad.

La espada ejecuta. El cerebro dirige. Aquella puede realizar un hecho aislado. Lo que el cerebro concibe traspasa las fronteras y conmueve las naciones. Los códigos militares son todos bárbaros, y no se puede fuera de ellos pensar racionalmente. Dentro de su jurisdicción toda idea humana y progresiva muere en germen; toda iniciativa que tienda á mermar su fuero es perseguida con dureza cruel.

Ya hemos quedado en que el ejército representa la autoridad, y la autoridad es la más completa negación de la libertad. Creer, pues, que el imperio de la espada va á redimirnos, es una aberración.

Tenemos, sin duda, pocas dictaduras para que de buen grado consintamos la exaltación de la dictadura militar.

FRANCISCO MACEÍN.





TRIBUNA DEL OBRERO

MIRADA RETROSPECTIVA

El catolicismo, moralmente, ha muerto; no debe, pues, ocupar la atención de las personas sensatas; sin embargo, esta vez he de ocuparme de unas hojas que encontré donde deberían estar sus redactores, en un montón de basura. *La Lectura Popular* de 15 de Mayo del 97, dice en un artículo titulado *Fusilamientos*: «Ya han sido fusilados cinco anarquistas más. ¿Pero han fusilado la fábrica de hacer anarquistas?» Si el autor entiende por tal la propiedad privada en lo civil como en lo eclesiástico, con sus leyes fundadas en la desigualdad, tiene razón: no se ha fusilado la fábrica de hacer anarquistas. «¿Han fusilado las leyes que permiten propagar los errores anti-religiosos y antisociales?» Quitando las sílabas anti á la palabra religiosos, soy del mismo parecer, pero debiera decir: ¿Han fusilado á los legisladores que permiten, etc.? «¿Han fusilado los maestros que los enseñan? ¿Han fusilado la prensa que los difunde? ¿Han fusilado la libertad de pensar, la de escribir, la de mentir, la de blasfemar, la de corromper; en una palabra, han fusilado las libertades liberales? No.» Efectivamente, esas leyes son patrimonio del Estado y la Iglesia, y es preciso fusilarlas por corruptas. «¿Por qué? Porque lo impiden los partidos del mismo nombre. ¿Y los hombres no se horrorizan, ni se espeluznan, ni se mueren al oír sonar los tiros que matan á los anarquistas creados á la sombra de su doctrina?» A esto sigue una sarta de barbaridades, y termina el diálogo, firmado por *Clavarana*.

El Correo de Andalucía hace la siguiente semblanza del anarquista: «¿Veis á ese individuo que con mano febril arroja una bomba en medio de multitudes indefensas? ¿Veis cómo dirige el certero puñal ó el alevoso disparo contra la vida de los prohombres públicos? Ese es un anarquista. Fijaos bien en su rostro; quizá no notéis en él otro signo que el de la idiotez, y, sin embargo, está loco.»

Si en lo de las bombas se refiere el Sr. J. M. y B. á la de Cambios Nuevos y en lo del puñal á García Vao, debió decir: Ese es un jesuita; quizá no notéis en él otro signo que la locura, y, sin embargo, es idiota. Pinta perfectamente al loco y añade: «Pero el anarquista no es así. Habla, vive como todos los hombres; lo que le sucede es que no discurre y siente del mismo modo. En él se ha borrado el amor en cuanto no tiene afecto alguno á su mujer ni á sus hijos; en él no existe caridad ni ninguno de esos bellos ideales que cautivan á las almas grandes. Tiene loco el corazón, le faltan los sentimientos. En él no existe otra cosa que esa lucha brutal, egoísta, de la soberbia con la ignorancia, y cuando vence la primera tenemos su manifestación en esos espectáculos que llenan de luto á las familias y de consternación á los pueblos.» Dice está convencido de lo que escribe, y concluye pidiendo á los Gobiernos pongan en acción los medios de evitar la ignorancia, los cuales consisten en inculcar en su corazón las enseñanzas de la Iglesia católica. ¡Caridad! ¡Fel

Ciertamente, no siente ese amor egoísta que tantas ventajas ofrece á las instituciones; aña, pues, á toda la humanidad, dando ejemplo á los hipócritas que, como J. M. B., sólo atienden á su medro personal, aunque para lograrlo sea preciso un auto de fe cada día con los que tienen la desgracia de trabajar para esos zánganos. Verdad que desprecia la caridad y busca el bien de todos, que haga innecesario recibir una limosna que denigra de manos de los ladrones que hoy comercian con su sangre; no

cabe tener más bellos ideales. Esto prueba sus buenos sentimientos, nada comparables á los de políticos y religiosos. Oponen la santa lucha de la ciencia contra la ignorancia y la maldad, como lo prueban sus teorías de paz y amor, igualdad y fraternidad entre todos los hombres. Vuestro régimen opresor es el que llena de luto y muerte las comarcas, y es insensato y criminal hacer responsables de un caso excepcional—reprobable en una sociedad justa—á todos los defensores de una idea que es de justicia. Por otra parte, ninguna secta ha dado mayor contingente de criminales que el cristianismo, en sus comienzos, á la faz del mundo, y después á la sombra como los traidores.

El Sr. J. M. y B., si no es un pobre mentecato, es un ente despreciable cuando con tanto descaro miente al decir que «si se pregunta á un desgraciado por qué comete esos atropellos, contesta con un ¡viva la Anarquía!» Por lo visto, ese burgués no ha leído las declaraciones y defensas que los mismos se han hecho, ni sus doctrinas que ya están difundidas por todo el mundo, para bien de los humanos y mengua de vuestros privilegios. Estos dos articulistas formarían buena pareja para engancharlos en una galera y conducirlos á ídem, y así librar á los hombres de bien del contacto de esas alimañas.

Para colmo de estupidez, un artículo de *Blanco y Negro*, cuyo título es *La dinamita en Barcelona*, se expresa en estos términos: «Llegó á creerse que el horrible atentado quedaría impune», etc., «cuando toda la prensa española de los días 8 y 9 sorprendió lisonjeramente á la opinión con la noticia detallada y circunstancial del pleno y absoluto descubrimiento de aquel crimen», etc.; «la opinión y la prensa, con perfecta unanimidad, fijáronse en los nobilísimos y activos funcionarios, á cuyo celo perseverante débese la averiguación de todo lo ocurrido, así como la captura de esas fieras humanas cuya propia conciencia les coloca fuera de la ley». Al esbirro Portas le llama, entre otras cosas, inteligente, principal descubridor de todas las tramas anarquistas. Ensalza las bellas cualidades de Tréssols como inspector de policía, y se ocupa con mil alabanzas del juez instructor del proceso «terminado con tanta fortuna», el inquisidor Marzo; hablando de Freixa, «cuya brillante historia está esmaltada de hechos meritorios», y del agente Alsó, «que tanta pericia y valentía ha demostrado en la captura de los criminales».

«Al dirigirle nuestras felicitaciones al Sr. Marzo, contestó modestamente:—No, no las merezco. Ayudado por la divina Providencia se ha logrado, es verdad, descubrir á los autores del atentado, que todos absolutamente están cogidos; hasta se ha descubierto á los autores de otros dos atentados terribles; pero, lo repito, sin la mano todopoderosa que dirige todas las acciones...» Aquí termina el contenido de la hoja encontrada, á cuyo margen izquierdo van los retratos de esos personajes. Hago caso omiso del contenido en su mayor parte, pues basta con la muestra.

¿Se habrá convencido el articulista (ó lo que sea) de que los criminales de Cambios Nuevos gozan aún de impunidad? ¿Se ha enterado de que «la noticia detallada y circunstancial del descubrimiento» no la dió esa prensa venal, sin criterio, sin vergüenza y sin conciencia, sino esa parte de ella que, haciendo honor á su nombre, dice la verdad, aunque le cueste caro? Aduladores del tirano, crueles con el débil. ¿Ustedes son los maestros de la opinión, los que ilustran al pueblo refiriendo las cosas sin desvirtuarlas? ¡Miserables! La justicia popular os pedirá estrecha cuenta de vuestras torpes hazañas... Sois los instigadores del odio... Armais el brazo del verdugo, del ejército, de esa despreciable empleomanía... Sólo tenéis caricias para el opresor... ¡Pobre de la generación que os hace caso!

DIEGO ESPINOSA.

